

JUAN GELMAN

VIOLÍN Y OTRAS
CUESTIONES

Publicado con el sello de Gleizer, que treinta años antes había editado algunos de los primeros libros de Macedonio Fernández, Jorge Luis Borges y Raúl González Tuñón, llevaba precisamente un prólogo de Tuñón, una decisiva influencia en aquel primer Gelman, junto con el peruano César Vallejo.

Prólogo

«Los poetas son los legisladores
no reconocidos del mundo.»

SHELLEY

No hace mucho, en «La Máscara», siete poetas de la novísima promoción leyeron algunos de sus poemas inéditos. Todos me parecieron inspirados y bien orientados. Particularmente me interesaron los poemas de Juan Gelman, sobre todo «El caballo de la calesita», que considero magistral, y empieza así:

*Trajín, ciudad y tarde buenos aires.
Aire de plaza, ruido de tranvía.
(Galopando una música de tango
gira el caballo de la calesita.)*

Desfilan hechos, seres, el alma del poeta, y termina:

*Iba sin una luz, sin una rosa,
sin un poco de mar, sin un amigo.
Me vio el caballo de la calesita,
me vio tan solo que se fue conmigo.
Y ahora en mi corazón y desde entonces,
transitado de niños y de risas,
prisionero en mi música voltea
gira el caballo de la calesita.*

*(Tiene el ojo pintado.
Su corazón es de madera limpia.)*

Ahora el poeta publica su primer libro y después de leer los poemas que lo integran, yo saludo en su autor, no ya a

una brillante promesa, sino a una vehemente realidad, a un poeta con acento personal —con «predio propio» —que ya es mucho pedir en un joven, cuando hay algunos consagrados que todavía arrebatan giros, metáforas, temas, a otros colegas, menos afortunados pero más honrados.

Con *Violín y otras cuestiones* Juan Gelman irrumpió dignamente en la poesía de habla española y el círculo universal de la rosa. En su libro palpita un lirismo rico y vivaz y un contenido principalmente social, pero social bien entendido, que no elude el lujo de la fantasía. Juan Gelman no es un evadido de la realidad, como desearían los teóricos reaccionarios de un artempurismo imposible; ni tampoco un «editorialista en verso», un simple propagandista, como querrían que fuera los agrios críticos sectarios, los que ignoran que en la conciencia del poeta, del creador, habrá siempre un terreno inalienable que no podrá ser hollado.

En este singular «Violín» y en las *Otras Cuestiones* flotan saludables vientos de afirmación civil, y aun en tal o cual poema desgarrado, casi patético, sin aparente salida, alienta el optimismo histórico. Su poesía no responde a tal o cual preceptiva rígida, y a través del poeta, porteño, nacional, muy nuestro, se ve al ciudadano del mundo, por eso mismo. Su forma es ágil, fresca, variada en tonos y matices. Prevalece el verso libre, y es lógico, porque corresponde al fondo. Pero Juan Gelman también demuestra que puede escribir un soneto, aunque no como los que circulan por ahí, de los que hemos llamado los «terribles sonetistas del domingo», tipo González Lanuza, simples ejercicios retóricos. Juan Gelman ha puesto en ese soneto su personalidad; cuenta «cosas»... Se trata de dominar y utilizar todas las formas: lo importante es la intención moderna que se pone dentro, el talento, y cualquier forma resulta enaltecida cuando se consubstancia con el contenido.

Habrà quien diga que *Violín y Otras Cuestiones* no está en la línea «formal» tradicional. Pero ¿existe en nuestro país determinada tradición? Hay quienes pretenden que esa tra-

dición se basaría únicamente en el esplendor «gauchesco», o únicamente en el ruidoso y brillante arsenal de la rima lugoniana. Esto es falso. En nuestro país de aluvión, atropellado y prometedor, la diversidad de estilos, formas y temas daría la tónica. No podría decirse que nuestro pasado poético esté exclusivamente representado por el romance, el soneto, la copla, la décima, el verso rigurosamente rimado, el verso absolutamente libre, etc., etc., etc.... (Ni siquiera se comprende la sujeción a determinada forma tradicional en la vieja Francia, por ejemplo, y en ese sentido no estamos de acuerdo con el admirable y fecundo Aragón —a quien ya aplaudimos por haber dirigido la feliz batalla contra los reaccionarios y contra los sectarios en su patria— que sugiere el regreso al soneto clásico y la solemne arquitectura de Racine y Corneille, lo cual es absurdo porque, además, lo mejor de la tradición francesa está en el genio de François Villon, en su eterna frescura, en las audacias de Baudelaire, Rimbaud, Tristán Corbière, Verlaine, Charles Cross, Alfred Jarry y otros, hasta los modernos, el citado Aragón, el inolvidable Paul Eluard [que sigue siendo el poeta más grande de nuestros días en el mundo], el malogrado Robert Desnos, asesinado por los nazis, etc.).

En nuestra tradición, en todo caso, se mezclan, a través del tiempo, románticos como los de Mayo y los de la generación de Echeverría, en la huella del innovador Hugo, en su acento civil; el «gauchismo» genial de los cultos Ascasubi, Hernández, del Campo; los suntuosos versificadores lugonianos con el maestro cordobés a la cabeza; el urbanismo del Carriego legítimo de «La Canción del Barrio»; el porteñismo y el internacionalismo de muchos de los poetas del movimiento «martinfierista» y el grupo de «Boedo», casi todos, hijos de españoles e italianos; la poesía popular, la payada, de Gabino Ezeiza, de Betinotti; la poesía lunfarda de Carlos de la Púa y la del tanguero Celedonio Flores; el decoroso tono menor de poetas del Litoral, como José Pedroni (en su origen, lugoniano), hoy lanzado a más altas re-

sonancias civiles, y el de Juan L. Ortiz, tenue, delicado, muchos de cuyos versos aparecen atravesados por ráfagas rílkianas; el aire pueril de copla de algunos poetas norteños, cultores de un muy discutible, poco auténtico *folklore*; la poesía cálida y valiente de algunos poetas que devinieron revolucionarios, los auténticos, aquellos en quienes Calíope no ha ahogado a Erato, etc....

Entre estos últimos nosotros incluiríamos a Juan Gelman, quien recién comienza y ya está maduro; que es un joven joven (porque también hay jóvenes viejos) y ahora transcribo estos párrafos (que cito en mi artículo sobre «El movimiento Martinfierrista» y el «Grupo de Boedo») tomados del editorial del primer número de aquella notable revista que se llamó *Proa*, dirigida por Ricardo Güiraldes, el gran animador, que fuera atacado por fascistas y por la crítica oficial, y con quien tratan de ensañarse hoy algunos secretarios mal informados y malévolos: «Sin temor ni hipocresía declaramos nuestro amor por todo lo que signifique un análisis o una nueva ruta. Y éstos se revelan indistintamente en el joven y en el viejo. Declaramos que la nueva generación no está limitada por la fatalidad temporal y biológica, y que vale más para nosotros un viejo batallador que diez jóvenes negativos o frívolos».

Hay un hecho que nos llena de emoción y de orgullo: en este país, donde la mayoría de los editores subestiman a la poesía, y, como hemos dicho antes, para que el libro de un poeta sea publicado, el autor tiene que empezar por no ser argentino, y si lo es, sus versos deben ser anodinos, conformistas, inofensivos, *Violín y otras cuestiones*, de un poeta prácticamente desconocido, aparece con el honroso rubro de Manuel Gleizer, «el último romántico de los editores», como lo llamara mi hermano Enrique, que hizo conocer a toda una nueva generación de poetas, ignorados en su mayoría o algunos de los cuales ya combatidos por la pacata y chata crítica oficial. Cerrada la famosa librería de la vieja calle Triunvirato, liquidada la Editorial de tanto presti-

gio, el querido Gleizer siguió en la brega, y ahora se ha encargado de este libro de un novel, en el cual yo saludo sin vacilar a un gran poeta. Con *Violín y otras cuestiones* — aquí veo todo un símbolo— se inicia la colección «El Pan Duro» y otros jóvenes inéditos serán revelados. Así, el más viejo de los editores publica al más joven de los poetas, cuando las empresas editoras más poderosas se resisten, generalmente, a publicar libros de poetas argentinos consagrados, y con más razón si se trata de jóvenes desconocidos...

Juan Gelman es un joven *joven*, repito, y su libro aparece en momentos en que, entre algunos de la *nueva hornada*, se advierten jóvenes *viejos*, por su mentalidad retrógrada y su visión reaccionaria de la poesía y de la vida; de regreso a la simple versificación unos, aferrados otros al fatalismo místico y otros cayendo en el «lorquismo» (pero lejos del gran acento de «Poeta en Nueva York» y el intenso sentido popular del teatro de Federico) y en el «nerudismo» (pero tomando lo que en el propio Neruda ya es saturación, nueva retórica) o bien se fugan con Elliot, el poeta cortesano, artificioso e infecundo. No olvidamos a quienes tardíamente imitan técnicas superadas o que tuvieron sentido en un tiempo y de ellas sólo queda lo que fue más auténtico, poesía de supuesta inspiración «prenatal», prosa «cortada en forma de verso», ausencia del punto y coma, etc.; tema que hemos ya tratado en otra parte. Pero Juan Gelman no está solo. Hay muchos que avanzan por la misma ruta, cada cual con su estilo.

Integran este libro poemas de clima porteño, entrañable, que tocan el barro y rozan la nube, pero entre los cuales no faltan aquellos que son un toque de solidaridad con los dolores y las esperanzas de otros pueblos. Un mundo de sucesos, corrientes o extraños, seres, imágenes, ilusiones, júbilo, drama, amor y lucha, en el que gira el mágico caballo de la calesita, y otros poemas muy bien logrados como «Crepúsculo distinto», «Oración de un desocupado»

y tantos otros, sin que ni uno solo de los que forman el libro escape al sello personal, la sorpresiva *trouvaille*, el vuelo de la imaginación y la profunda sencillez de lo cotidiano... Y siempre la vida, su exaltación, su defensa, que es la defensa de la poesía, porque él lo dice: «La poesía es una manera de vivir»... Y siempre el canto, hasta en un pañuelo, porque hasta «en un pañuelo la primavera canta». Y un fondo musical reiterado de violines, alegres y melancólicos, delicados y varoniles. ¡Singulares violines!... Sin duda, el autor no toca el violín de verdad, y si lo toca lo hará muy mal, como ocurrió con el hoy célebre aduanero Rousseau, descubierto por el impagable Guillaume Apollinaire. Pintaba los domingos, tocaba el violín a menudo. Los vecinos protestaban por esto; la posteridad lo considera uno de los más grandes pintores... El *douanier* no sabía que su verdadera vocación era la pintura. Pero Juan Gelman sabe muy bien que la suya es la poesía, la «manía de cantar»...

«Jamás la poesía de la tierra se extingue», dijo John Keats, y dijo una gran verdad. A cada generación, en cualquier lugar del mundo, surge un nuevo poeta para probarlo.

RAÚL GONZÁLEZ TUÑÓN.

Marzo de 1956.

*¡Quién pudiera agarrarte
por la cola
magiafantasmaniebla-
poesía!*

*¡Acostarse contigo una
vez sola
y después enterrar esta
manía!*

*¡Quién pudiera agarrarte
por la cola!*

EPITAFIO

Un pájaro vivía en mí.
Una flor viajaba en mi sangre.
Mi corazón era un violín.

Quise o no quise. Pero a veces
me quisieron. También a mí
me alegraban: la primavera,
las manos juntas, lo feliz.

¡Digo que el hombre debe serlo!

(Aquí yace un pájaro.
Una flor.
Un violín.)

El crepúsculo atraca al triste y solo
violín de mi corazón.

El crepúsculo instala muchachas melancólicas
en el balcón.

El crepúsculo toca en las esquinas
una música gris.

Y llora largamente,
blandamente.
(¿No lo oís?).

EL CABALLO DE LA CALESITA

Trajín, ciudad y tarde buenos aires.
Aire de plaza, ruido de tranvía.
(Galopando una música de tango
gira el caballo de la calesita.)

Los hombres van y vienen. Una vieja
vende manzanas en aquella esquina.
(Corazón de madera, ojo pintado,
gira el caballo de la calesita.)

Un grave industrial hace negocios.
Un vago duerme junto a la banquina.
(Transitado de risas y de niños
gira el caballo de la calesita.)

Una pareja se ama. Un angustiado
compra cianuro, escribe y se suicida.
(Ha muerto un ruiseñor. Pero no llores,
gira, el caballo de la calesita.)

Os contaré una historia maravillosa y cierta.
Una tarde (el crepúsculo lentamente caía)
se me llenó la boca de soledad. Desierta
era mi sangre. Mi alma ni un pájaro tenía.

Caminaba. A lo lejos se oían los violines
que el crepúsculo toca para verme más triste.
Mi alma se vestía de lentos adoquines.
(Mi alma en la soledad no se desviste.)

Iba sin una luz, sin una rosa.
Sin un poco de mar, sin un amigo.
Me vio el caballo de la calesita.
Me vio tan solo que se fue conmigo.

Y ahora en mi corazón y desde entonces,
transitado de niños y de risas,
prisionero en mi música voltea,
gira el caballo de la calesita.

(Tiene el ojo pintado.
Su corazón es de madera limpia.)

CREPÚSCULO DISTINTO

Ha caído el crepúsculo sobre la esquina
donde suelo esperarme con un violín.
(Una muchacha, sola de sonatina,
es en el aire una música gris.)

Pasan los infaltables pájaros tristes
que el crepúsculo inventa para que a mí...
(Y esa muchacha siempre sola en su música...
Y yo siempre esperándome con un violín...)

Pasan los niños, traen sobre la punta
de su alegría risas de ta te ti.
(Pienso que esa muchacha, sola en su música...
Pienso que en el crepúsculo, juan, mi violín...)

Pasan los hombres, luchan por su estatura,
por un pan milagroso de porvenir.
(¡Pero, muchacha sola, deja tu música!
¡Pero, juan que me esperas, deja el violín!)

La vida es roja como la buena sangre.
Dura y alegre, nunca viste de gris.
Ven, muchacha, he llegado. Caminaremos.
(Deja atrás esa música triste.
Con mi juan, el del triste violín)